

Diario La Verdad, Murcia, 30 de julio de 1978, ¿Quién es Miguel Espinosa?, por José García Martínez.

[Transcripción de la grabación magnetofónica]

Al salón-despacho de la casa de Miguel Espinosa llegan todos los ruidos de la calle. Y si no cerramos la ventana, apenas puedo oírle, porque habla muy bajo. Encima de la mesa hay un libro abierto, en el que Plutarco dice: «Ni Dios puede dar, ni el hombre recibir nada más excelente que la verdad».

-Yo nací en Caravaca, provincia de Murcia, pero en realidad, aunque soy de Caravaca, me desarrollé en Murcia, pues me vine aquí a los seis o siete años. Entonces, pues, mi adolescencia transcurrió en la posguerra, en los Maristas. Y vi el mundo de la posguerra con los Maristas. Ya sabemos lo que era la posguerra, sometidos a todas las influencias, y a todas las hambres. A los Maristas íbamos por entonces dos clases de alumnos: los que tenían un apellido local, un linaje local, dijéramos, y los que no tenían un linaje local. En aquellos tiempos, ambos comían lo mismo, o sea, un huevo frito. A lo mejor, a los del linaje local les echaban un pimiento más, y ya está (ríe). Sin embargo, aquellos presumían de tatarabuelos concejales y de bisabuelos que habían sido alcaldes, y de algunas pequeñas fincas por ahí; eran hijos de abogados de secano y casados con gente que estaba colocada en la Diputación. Y muy pronto yo noté, cuando ya éramos mayores, que los del linaje local empezaron a tener conciencia de eso. Ese mundo era (te lo cuento ahora porque esa es una cosa muy ridícula, comparada con los tiempos modernos) ridículo; aquellos ricos y linajudos hoy no son nada, ni eran nada. Y el fenómeno que se ha producido, es que los tíos de Molina que tiraban de carros, ahora tienen grandes construcciones y grandes fábricas, y tal y cual. Yo me acuerdo de aquellos tiempos en que se decía que fulanita era rica porque tenía una casa de dos pisos en la calle de las Balsas, y todo el mundo la admiraba. Eran tiempos en los que el Casino tenía importancia. Entrar en el Casino era ser alguien, y ser recibido en el Casino; o incluso, para algunas muchachas de mi tiempo, era emocionante pasar por el Casino al dar la tarde. Un poco antes de llegar al Casino, se arreglaban el traje, la mirada... Eran tiempos en los que también iba uno por la acera y venía un apuesto teniente de aviación, como si dijéramos, en un cuento de Dostoyevski, se bajaba uno, el civil, se bajaba porque venía el apuesto teniente de aviación y lo hacía de un modo inconsciente, porque los militares tenían un prestigio extraordinario, definido prestigio como prejuicio que engendramos en los demás (no es mía la definición, es de Tierno). Y después de pasar ese tiempo, pasé a la Universidad, que era una Universidad muy pequeña, en todos los

aspectos: en el intelectual, en el aspecto de la gente que íbamos... Porque yo me acuerdo que a mi curso íbamos unos treinta, en primero de Derecho, y de los treinta, veinte eran conocidos por los profesores, porque eran hijos de don Mengano, de don Fulano, y de don Zutano, y tal, y los otros diez no eran conocidos. Allí estaba Isidoro Martín, y estaba Reverte, y estaba el famoso Batlle... Y era una Universidad amansosa, muy local, era de otra cultura, casi como si dijéramos hoy. Nos poníamos de pie cuando pasaba el Rector y le decíamos "don Manuel", y le teníamos un miedo respetuoso. Pero entonces, me paso una cosa diferente a la de mis compañeros, que después muchos de ellos han sido y son directores generales de Régimen Interior o directores generales de Política Interior o directores generales de la Función Pública. Y es que yo, en vez de dedicarme, como me debía de haber dedicado, según mucha gente, e incluso tienen razón, a estudiar y a hacerme un hombre de porvenir, que era lo que todo el mundo quería hacerse en aquellos momentos; yo, por mi mentalidad, que hoy, a posteriori, y de una manera pedantesca, digo que era de artista, aquello que todo el mundo veía como cotidiano, el mundo aquel, yo lo veía como extraño; que creo que es la característica del artista, de no ver lo actual como cotidiano. Porque, por ejemplo, la gente que en año 1943 veía el noticiario NO-DO, veía a Hitler y a Mussolini, y los veían tan normales (coño, Hitler y Mussolini). Pero hoy, la gente del 78 que ve ese mismo NO-DO, se echa a reír. La gente es la misma, por así decirlo; y ¿por qué se echa a reír la gente? Porque el tiempo ha convertido a Hitler y a Mussolini en personas ridículas. Entonces, puede haber un tipo de hombre que ya en su tiempo vea ridículo lo que es actual, y ese hombre ya está, como si dijéramos, fuera de su tiempo. La visión de esta Universidad es lo que me inspiró a mí, desde que llegué a ella, *Escuela de mandarines*, el análisis de todo aquello. Porque yo veía cómo se ponían la muceta, el birrete, cómo se reunían ahí, en las inauguraciones de curso; veía al becario temblar, y al becario estudiar por las noches, preparándose ya su porvenir, ya desde los 17 años pensando en la notaría; veía la sumisión, el gesto de los catedráticos; que te acercabas a ellos a hablarles, y no se paraban, seguían andando; y tú ibas detrás, y si tú ibas a hablarles al oído derecho, ellos miraban a la izquierda (no te miraban siquiera). Esto, que parecía normal a la gente de aquel tiempo, a mí me parecía inaudito, bueno, mejor, insólito. Yo veía ya esta Universidad como alguien puede ver una vieja fotografía, o para poner otra comparación, como tú hoy puedes ver una fotografía del año 42 de la Batalla de las Flores, veía yo en el año 46 la Universidad de Murcia, ya como algo pasado. Creo que esta es la diferencia que tenía yo con los demás, y que fue lo que me hizo escribir *Los Mandarines*, o sea, no escribir *Los Mandarines*, sino ponerme en posición, en una posición crítica absoluta. Porque a mí, ya cuando en los años, pongamos 49, veía entrar a Franco bajo palio, en Santiago de Compostela, lleno de obispos, con báculo, y que se les caía la mitra, y a las señoras, me parecía que estaba viendo una cosa arcaica

y ridícula. Hoy, cualquier persona que lo vea, lo ve así ya. Pero con la diferencia ésta: que a estas personas les pasa en el año 78 y a mí me pasaba en el 49.

-Entonces tú, para ellos, también eras un caso insólito...

-Sí, sí. Yo era un caso insólito, absolutamente.

-¿Tuviste problemas con ellos?

-A mí me consideraron siempre con la palabra que, cuando uno se margina de esta manera y no le pueden decir "tonto", ni "cretino", ni tal, entonces se inventan una palabra, muy clásica, que tú conoces, "chiflado". Supongamos que tú no quieres tener un coche hoy, ni un chalet en la playa, ni las cosas que la gente quiere tener, y la gente sabe que no las puedes tener, te dicen "pobretico". Pero si saben que las puedes tener, que tienes el mismo dinero que ellos, al no entender que no quieras lo que ellos quieren, te dan una palabra española que yo creo que tiene mucho sentido, "chiflado" ("ese es un chiflado"). Entonces yo aparecí como el chiflado, en cierto sentido.

-¿Y tú ibas aprobando los cursos bien, con buenas notas, a pesar de todo?

-Sí, sí. Yo aprobaba hasta con sobresaliente, con matrícula a veces, con notables. Sí, sí. Yo, en ese sentido, sí aprobaba los cursos normalmente.

-¿Qué fue lo que hiciste tú entonces? Saliste de la Universidad y supongo que tendrías que vivir... Cuéntame un poco cómo.

-Bueno, yo es que desde los 17 años tenía... Yo tenía unas circunstancias especiales que no tenían los demás, y es que, con 17 años, me hice cargo de la casa de mi madre, porque se murió mi padre, y él tenía unas representaciones de azúcares, que yo las heredé. Y eso que por un lado me hizo bien, por otro lado me hizo mal. Me hizo bien porque me dio cierta independencia, de poder tener algún dinero, y de ser padre de familia demasiado pronto, y de liberarme de ser muchacho y becario. Pero, por otro lado, me hizo el mal de que no me hice un hombre de porvenir. Yo vivía de pequeñas cosas, de vender vagones de azúcares, aquí, a Barceló, a comerciantes de Murcia. Y entonces, cuando salí de la Universidad, seguía metido en estas cosas.

-¿Y has continuado así?

-Ya continué así, como si dijéramos, de buscavidas, de pequeñas cosas en pequeñas cosas, llevando una vida relativamente bohemia, porque no soy un profesional. No soy un profesional en ningún sentido. Ni tengo una profesión, ni ejerzo un comercio ni nada, sino que estoy un poco a lo que salta. He estado en cien mil cosas, he tenido cien mil oficios: he sido empleado y representante de japoneses, he importado cosas de China y Japón, he dejado de importarles, he hecho escritos, escritos jurídicos, no como abogado que ejerce ante los tribunales, sino como abogado. Por ejemplo, hacer una cooperativa, o hacer cosas de esas. Es siempre una vida sin profesión. Soy absolutamente el hombre sin profesión.

-Cuéntame un poco eso de los japoneses.

-Porque, buscándome la vida, encontré una compañía, una multinacional, que era la 50 compañía del mundo, y que tiene de gastos de personal un millón de dólares diarios, y esta compañía tenía una sucursal en Madrid. Entonces, entré en contacto con ellos y querían hacer, fabricar la mandarina satsuma en España. Y yo fui quien introdujo eso en Murcia. Y lo introduje así, como una cosa tonta, y ahora resulta que España produce casi tres millones de cajas de mandarinas de esas, y ha desplazado a Japón en Europa. Eso empecé yo a hacerlo aquí en el año 64, pero no he recogido ningún fruto. Como siempre, los frutos han sido para otros. Entonces ya me quedé con estos japoneses y estuve con ellos unos diez años. Igual me mandaban que comprara miel para Japón o que les vendiera acero. Es una multinacional podía hacerlo. Hacían cientos de negocios posibles. Con ellos estuve, durante unos años, a sueldo y a comisión, y luego, durante otros años finales, solo a comisión. Es una compañía de la que salían cinco o seis negocios al año solo, pero muy grandes. O sea, con que saliera uno bastaba.

-O sea, que tú llevabas un trabajo, digamos, descansado, ¿no?

-Sí, sí. Bastante descansado. Yo, a lo mejor, todos los años compraba quinientas toneladas de miel, y ganaba 70 céntimos por kilo, ganaba 350.000 pesetas. Luego hacía otros negocios, de este tipo, de sacar 500.000 o 600.000 pesetas (te estoy hablando de los años 70). Eso podía hacerlo en dos operaciones.

-Eso es mucho dinero... Y tú, con tu fama de chiflado, ¿te veías bien en ese mundo? Porque si no entendías el mundo de la Universidad...

-Yo prefería el otro, porque el mundo de la Universidad es un mundo de novicios. El mundo de la Universidad franquista era un mundo de novicios, con una jerarquía y un maestro, a los que hay que hacerles la pelotilla, y vas subiendo con el sufrimiento continuo, con una estética, con un rito, siempre con el miedo. Es un mundo como sacralizado, mientras que, por el contrario, el otro mundo, es un mundo muy claro, muy limpio. El mundo de los comerciantes es muy salvaje y muy basto, pero se compra la mercancía o no se compra, sencillamente. No hay subterfugios de otra clase. Si te interesa la mercancía hay negocio, aunque el tío diga cien mil tacos, y aunque te haga esperar, o lo que sea, pero es un mundo clarísimo. El otro mundo es un mundo oscuro, donde las motivaciones nunca sabes por donde vienen.

-Y ahora, ¿qué haces? ¿cómo te ganas la vida hoy?

-Ahora mismo me gano la vida como director de una mutua de seguros que se ha creado en Lorca, seguros contra la peste porcina africana, que la he creado yo y que se dedica a asegurar los cerdos de Lorca contra la peste porcina africana. Yo creé toda la mutua de la nada, o sea, toda la estructura jurídica, ante el Ministerio de Hacienda, la Dirección General de Seguros, y luego hice reaseguro con una compañía alemana, de Munich, etc. Es decir,

yo la creé de la nada hasta su funcionamiento. Y ahora yo me gano la vida solamente como director de esa Mutua.

-Y digo yo, ¿eso no es muy prosaico, con tu manera de ser, cuando hoy, al llegar aquí, a tu casa, te encuentro leyendo una Historia de la Filosofía, en la parte dedicada a Aristóteles? ¿Cómo compaginas tú esta faceta tuya intelectual y luego estas cosas, como son la peste porcina, la satsuma...?

-Las compagino. La faceta pura intelectual sólo la podría ejercer siendo como Montaigne, pongamos por caso, teniendo un castillo, ¿entiendes?, y siendo rico; o bien sumándome al séquito. De dos maneras, ¿me entiendes bien? Siendo rico, por mi cuenta, teniendo rentas, me dedicaría solo a ser intelectual. Me queda el otro camino: sumarme al séquito del Estado, como intelectual, entrar en la Universidad, o en la Diputación. Sumarme al séquito para mí sería terrible, porque es repetir eso, convertirme en un personaje mandarinesco. Eso me destruye, mi pureza intelectual me la destruye. Entonces, aunque no me pueda dedicar a lo intelectual plenamente y tenga que hacer esto, trabajar con japoneses o hacer importaciones, o vender, como he vendido, canicas traídas de China (ríe), es un mundo que me quita horas, pero no daña mi interioridad intelectual. Si me quedan después nada más que tres horas, soy un hombre absolutamente puro e intelectual, es un tiempo puro. Mientras que si me hubiera metido en la Universidad o quisiera vivir como intelectual, habría caído en la impureza, en una impureza terrible.

-¿Y estas cosas llegas a hacerlas incluso con algún entusiasmo alguna vez, lo de la compra-venta, y todo esto?

-No. Eso lo hago sin entusiasmo, porque para mí es una regla hacerlo precisamente sin entusiasmo. Estas cosas las hago como una rutina, como un trabajo que hay que hacer, como el que va al banco por la mañana; el barrendero que barre por las noches la calle, lo hace sin entusiasmo. Por eso, yo no me he hecho un hombre de negocios; a pesar de todo, he tenido grandes negocios en mis manos, grandes posibilidades (otros se hubieran hecho millonarios), unas posibilidades enormes; con Rusia hice negocios: importé papel en el año sesenta y tantos, sesenta y ocho; importé papel ruso que se empleó, por cierto, en el periódico *Línea*. La prensa del Movimiento hizo una prueba con ese papel. Pero eso lo hago siempre como una rutina. Sé si sale o no sale; por eso no me he hecho hombre de negocios. Los he tenido todos en la mano; pero, por mi incapacidad, como los hago de manera rutinaria y como un *modus vivendi*, los abandono. A mí me dicen que planeo bien los negocios; pero que no, que, en el momento final, no sé realizarlos; y es que me aburren, porque no tengo la libido del negocio. Para mí es una cosa provisional, absolutamente.

-Vamos a volver un poco. Háblame de cómo eran tus padres, cómo vivían allí en Caravaca, antes de venir, y cuando vinisteis, si vinisteis todos... ¿Cómo fue aquello?

-Mi padre era representante de una compañía azucarera y de la casa Domecq. Y primero fue solamente en Caravaca y en Hellín; luego, cambiaron de representante en Murcia, y le dieron la representación para la provincia, de la azucarera ésta. Y entonces nos vinimos a vivir aquí.

-¿Cuál era su carácter, su manera de ser? ¿Aprendiste algo de él?
(Silencio)

-Es que no te puedo decir mucho, porque, como yo tenía 17 años cuando murió, casi no te puedo decir lo que aprendí de él. Yo era absolutamente un niño; de él no aprendí nada en ese sentido. No quiero decir que no quisiera (que no puedo decirlo), es que no pude. Yo tenía 17 años, estaba estudiando en los Maristas. Si se hubiera muerto teniendo yo 24 o 25 años, habría aprendido. Yo me acuerdo simplemente de que siempre tenía miedo, el miedo al sufrimiento, porque había llevado una vida de sufrimientos; tenía el miedo a la vida.

-Pero, ¿había sufrido por enfermedad?

-No, no. Por cuestiones económicas, o sea, por la lucha por la vida. Mi padre era sobrino segundo de Dato. Se llamaba Espinosa Dato. O sea, que mi abuela, la madre de mi padre, era prima hermana de Dato. Mi padre se llama Espinosa Dato, de Mula. El nació en Mula. Siendo primer ministro Dato, fue mi padre a verlo... Mi padre tenía entonces 19 o 20 años, el otro era primer ministro, como ahora Suárez. Sin embargo, como mi padre no tenía formación suficiente, por estudios, no le pudo dar nada; lo aplazó, lo recibió, lo tuvo unos días pagándole el hotel en Madrid, y tal, le dio un abrazo (lo propio de los políticos), pero no le ayudó, lo dejó solo.

-¿Y tu madre? ¿También era de Mula?

-No. Mi madre era de Caravaca.

-¿Tu vive o no?

-Murió en el 72.

-¿Cómo recuerdas tú a tu madre, que la has tratado mucho más? ¿Cómo era ella?

-Mi madre era una persona de una inteligencia natural asombrosa, inculta, una inteligencia asombrosa. De una prudencia extraordinaria, de una sensatez y un equilibrio fabulosos. Yo diría que era un ser absolutamente antimundano, vivía feliz, o sea que no fue tentada por el mundo, en el sentido de las vanidades.

-Muy religiosa, también, ¿no?

-Sí.

-Ella te inculcó a ti... ¿Tú eres religioso también, o no?

-Pues yo he sido hasta hace muy poco racionalista y anticlerical. Pero, desde hace unos 5 o 6 años, he redescubierto el Evangelio, y he vuelto a una

religiosidad que no es la religiosidad común de la Iglesia, ¿no?, como la religiosidad de ir a misa y tal. Ahora me he vuelto muy religioso en este sentido, de redescubrir la lectura del Evangelio.

-¿Y cómo has llegado a ese redescubrimiento? ¿Solo por la lectura? ¿De una manera casual, porque cogiste un día y te pusiste a leer, o hubo algunas motivaciones diferentes?

-No. Es una evolución intelectual. De pronto me puse a leer. Por joven, o por otras características, yo admiraba el mundo griego; y, frente al mundo griego, Jehová me parecía un dios de gitanos; y, frente a los griegos, me parecían los judíos una tribu de gitanos, como si dijéramos, los de Túnez, o algo así. Yo estaba en un mundo pagano, el mundo griego de la filosofía, del arte, y de pronto descubrí el mundo de la virtud [¿?]. Para mí, ha sido un descubrimiento, el de los Evangelios, sobre todo el de San Juan, un descubrimiento filosófico extraordinario, sin límite, y que merece un comentario enorme. Además, me parecen unos libros de una actualidad fabulosa y unas piezas literarias increíbles, y sin término ninguno.

-¿Qué es lo que más te ha impresionado del Evangelio de San Juan, lo que te ha llegado más hondo?

-Su concepto de mundo. O sea, la diferencia que hace entre Dios y sus fieles, y el mundo. El concepto de mundanalidad. Cuando San Juan dice, por ejemplo, "El que ama al Mundo y está en el Mundo no tiene el amor del Padre, porque el Mundo es concupiscencia de la carne, jactancia de la riqueza y concupiscencia de los ojos". Elaborando una nueva interpretación, olvidando la palabra "concupiscencia", corrompida por la Iglesia del siglo XIX y yendo al griego, te das cuenta de que "concupiscencia" quiere decir "deseo torpe"; y la traducción de "carne" en griego es "cuerpo". Entonces, concupiscencia del cuerpo no quiere decir lascivia ni libido, sino "el que quiere bienestar para su cuerpo", porque quiere bienestar absoluto, tener muchos bienes y vivir un bien. Eso es la concupiscencia de la carne. Concupiscencia de los ojos sería el que transforma las cosas naturales en cosas mímicas. Por ejemplo, el que transforma una piedra en joya, porque para un perro (en este aspecto se acerca a Dios), un diamante es una piedra. Sin embargo, la concupiscencia de los ojos transforma aquella piedra. Concupiscencia de los ojos también es cuando el que tiene poder, quiere ser investido de miles de togas, de miles de medallas, y entrar rodeado de su séquito. Entonces, el mundo estaría compuesto por concupiscencia del cuerpo -dándole este sentido-, por concupiscencia de los ojos y por jactancia de la riqueza. Entonces, este concepto de Mundo de San Juan, que lo repite siempre, y lo opone al concepto de Dios. Hay un párrafo también en el que Cristo dice, en una oración, refiriéndose a sus discípulos, dice al Padre: "No te digo que los quites del Mundo, porque es imposible, pero sí que los libres del Maligno". El concepto de Mundo para San Juan está representado por el Maligno; el Maligno es el rey del Mundo, el que reina en el Mundo es el

Maligno. El mundo es así fatalmente. Lo que me impresiona de San Juan es que fatalmente es así, es y será. Y Heidegger ha dicho que él tiene el mismo concepto del mundo que San Juan, pero en ateo, sin la esperanza de la Divinidad. Otra cosa que me impresiona mucho del Evangelio de San Juan y que se puede aplicar hoy, es cuando Cristo dice: "Me buscareis, pero no me encontrareis". Porque buscar a Cristo no es buscarlo sabiendo ya que es Cristo (eso lo diría un cura tonto en el púlpito, lo cual es ridículo); puede ser un buscar algo en el mundo y no encontrarlo. De ahí: "Me buscareis, pero no me encontrareis".

-¿Esta vuelta a la religiosidad te lleva a una forma de vida diferente? Quiero decir, si tú este descubrimiento lo hubieses hecho hace 20 o 30 años ¿te hubieses recluso quizá en un monasterio? ¿Es esa tu misión, o tu misión es estar en medio del mundo?

-No. Mi misión es teórica. El redescubrimiento de la religiosidad me lleva a hacer una crítica de la burguesía como mundo actual. Y entiendo por burguesía un conjunto de gente que tiene una concepción del mundo. Para ser burgués se exige un límite económico muy pequeño; a partir de 40.000 pesetas, se puede ser burgués. Cuando se llega a unas 40.000 pesetas mensuales, pasas un límite, y se puede ser burgués, porque se puede tener una serie de valores, un mundo de valores, pongamos por ejemplo, tostarse al sol, o pasar un fin de semana en Campoamor; eso ya se puede obtener con 40.000 pesetas; ese es un mundo burgués. Mi religiosidad actual es teórica, e implica una crítica del mundo burgués. No es una religiosidad, como si dijéramos, "padecida", que me llevaría a convertirme o ingresar en un monasterio. Es una religiosidad reflexiva, más bien agente que paciente.

-En ese concepto tuyo de la burguesía tengo la impresión de que incluirías incluso a gente de la izquierda.

-Sí, sí. Hombre, claro.

-Es decir, en el panorama político que tenemos ahora mismo, en los diferentes partidos, ideologías y programas, ¿dónde empieza y dónde acaba la burguesía para ti? Porque, como tú sabes, la izquierda se dedica sistemáticamente a atacar a la burguesía, pero, por lo que yo veo, tu idea es otra.

-Sí, sí. Absolutamente. Yo creo que la izquierda está en los grupos supermarginados (no me acuerdo ahora cómo se llaman, la ORT..., o algo así), grupos supermarginados, y los terroristas, los cuales creo que, si llegaran a tener un poco de poder o a ser reconocidos, se convertirían también en derecha. Por ejemplo, por eso, para mí, el Partido Comunista no es un partido de izquierdas, es un partido de izquierdas entre comillas, que está dentro de un juego burgués absolutamente. O sea, ahora, en España, no hay partidos revolucionarios. El PSOE y el PCE para mí están dentro del juego burgués, y la UGT ahora mismo está apoyando más a la pequeña burguesía que al proletariado puro. Por ejemplo, cuando apoya a los profesores no

numerarios de instituto, está apoyando a la pequeña burguesía y a un matrimonio de profesores que, entre los dos, a lo mejor, están ganando 120.000 pesetas o 100.000 pesetas, y que tienen la casa en Campoamor para veranear y que ya han dado 60.000 pesetas por ella. Todo eso, en nombre de la UGT; luego hay ahí unas contradicciones inmensas. O el caso, por ejemplo, de que el PCE apoye o presuma de que es comunista la Ana Belén, cuando la Ana Belén es un detritus producido por el nihilismo burgués, que simula el coito para que sea filmado y luego se proyecte en las películas, en los cines, mediante pago de 100 pesetas. Esa es la degeneración total de la burguesía, el nihilismo burgués. En un comunismo normal, puro, “evangélico”, como si dijéramos, no se podría hacer esa concesión, de ninguna manera. Un partido comunista puro no puede hacer concesiones. Es como si la Iglesia para adaptarse, hiciera concesiones del tipo de “Cristo no era Dios”. Esas concesiones ya no las puede hacer, claro. Muere con esa idea, pero lo que no puede hacer es quitarle (...).

-Y tus ideas políticas, ¿cuáles son?

-Pues mis ideas políticas no son de ninguna clase, puesto que yo no quiero jugar al juego de la burguesía, y como sé que toda actitud política actual es jugar al juego de la burguesía, pues yo no quiero jugar. O sea, que vuelvo a ser el chiflado, el marginado y no me interesa en absoluto, ahora mismo, la situación política en España. Me interesó hasta la muerte misma de Franco. De todas maneras, a mí me sucede que he interiorizado el franquismo de tal manera (esto te lo cuento como cosa curiosa), y me he dedicado tantos años a estudiarlo que es una segunda naturaleza mía. Yo deseaba que desapareciera el franquismo con un deseo inmenso. No dormía cuando Franco estaba enfermo; siempre oyendo la radio. Pero una vez que él ha muerto tengo como nostalgia de un mundo que era como más pintoresco, en el que yo me he desarrollado y ya soy también, en cierta manera, y paradójicamente, igual que López Rodó, un cadáver del mundo de Franco (ríe), en el papel de enemigo, pero también pertenezco a ese mundo. En aquella farsa había amigos y enemigos; y entonces, al morirse él, nos hemos muerto todos, los amigos y los enemigos. Y el mundo actual es ya un mundo extraño para nosotros (ríe).

-Pero tú tendrás un modelo de sociedad, supongo, en la cabeza, que te gustaría. Porque el hecho de repudiar esto, de no interesarte esto, imagino yo, que debe significar, por otra parte, algo afirmativo, algo positivo, en otro ámbito, por otro camino.

-Sí. Pero es que ese modelo no puede ser. En el nuevo modelo político, que sería un modelo filosófico para mí, el tipo ideal de sociedad sería el previsto por la teoría marxista, pero realizado, en la práctica, como en la sociedad francesa u holandesa. O sea, teóricamente marxista y, en la práctica, democrático. Un tipo que yo no sé si será alguna vez realizable o no. Pero esas ideas, más que políticas, son ya filosóficas.

-¿Tú crees que en verdad eso se da en Francia y en Holanda?

-No. O sea, sería el ideal marxista, no el ruso, sino el ideal marxista de los libros, conforme está en los libros marxistas, que todavía no ha sido verificado en ningún sitio. Pero no realizado a la manera rusa, sino con la democracia, con el montaje democrático, pero con la desaparición de los valores burgueses.

-¿A qué nos llevaría eso?

-Por ejemplo, no creo que la pornografía sea una liberación de ninguna clase, sino que responde al principio burgués de la libertad de comercio ("Déjeme usted que yo negocie también con esto"). Por eso, en un régimen como el comunista, no puede haber pornografía. Pero no porque sean puritanos los comunistas, sino por otra razón más profunda, y es porque, como todo es del Estado, a nadie se le ocurre que el Estado quiera hacer negocios imprimiendo estampas pornográficas; le es mucho más fácil poner un impuesto más, sobre el tabaco, sobre lo que sea. Mientras que, sin embargo, Pérez puede establecer un taller de imprimir pornografía para obtener beneficio.

-¿Podrías darme una imagen práctica de ese modelo de sociedad? Me lo has dado teórico, ahora, una imagen práctica, con un modelo concreto de cómo se desarrollaría la gente de esa sociedad, si estuviera marchando.

-Pues sí. Sería un ejemplo la sociedad donde los valores actuales habrían desaparecido y habría otros. Y lo que nosotros creemos hoy que son cosas naturales (como que el vecino te ponga un coche, un Cadillac, pongamos por caso, que es un coche bueno, o un Mercedes enfrente como símbolo de su triunfo), eso habría desaparecido; pero no porque el vecino se hubiera vuelto bueno y ya no quisiera ponerte el Cadillac, sino porque eso ya no sería un valor. Hoy no es un valor tener un caballo blanco. Entonces los valores serían de tipo ciudadano y de tipo intelectual. Es decir, que el médico mejor destacaría porque es el mejor médico, no porque tiene dos ni tres barcos, ni porque gana más, como ahora destaca. Sería una sociedad, como si dijéramos, para decirlo así, con los valores que puede haber en un convento, entre gente igual, y, sin embargo, unos conventuales destacan de otros, porque estudian más o porque han hecho estas obras o las otras dentro de la sociedad conventual.

-¿Aparte de la inteligencia y el saber, podría ser la ética alguno de esos valores?

-Claro. Cambiaría por completo la ética actual, la cambiaría por completo. Es que, además, la sociedad actual se caracteriza porque no tiene ética. No es que sea inmoral, sino que no tiene capacidad ética. Tú le preguntas a un pequeño burgués sobre el pecado, pongamos por caso, o sobre el mal, y no sabe contestarte. Te dirá simplemente que no mata y no roba. Entonces, una sociedad es más compleja cuando hay menos actos neutrales. Cuando todo es ético, entonces la sociedad es más rica y más compleja.

-O sea, ¿todo tiene un tratamiento ético: bueno o malo?

-Exacto. Mientras que, actualmente, ético, casi no hay nada. Se limita al Código Penal, incluso van a quitar muchas cosas del Código Penal. Entonces, cuantos más principios éticos hay en una sociedad, hay más complejidad. Hoy se tiende, desde el punto de vista ético, a que todo sea neutral.

-¿Ni bueno ni malo?

-Ni bueno ni malo.

-Pero, ese modelo de sociedad es utópico, ¿no?

-Yo creo que sí. Ahora mismo, sí. Es utópico y completamente irrealizable, porque ahora, el peso de la sociedad burguesa es inmenso; y es inmenso, más que nada, porque la sociedad burguesa, paradójicamente, está en corrupción. Como está en un nihilismo y en una corrupción tan enormes, su fuerza es más grande que hace, por ejemplo, 150 años, que era una sociedad más pura, más puritana. Entonces, cuando está en descomposición, es como un cadáver, que ya tiene una fuerza de olores, que no hay quien lo remedie... Arrastra.

-¿Y qué se puede hacer a nivel individual, para tratar de aportar algo a ese modelo de sociedad?

-Ahora mismo, desde el punto de vista positivo no se puede hacer nada, o sea, tiene que ser desde un punto de vista negativo. El que quiera aportar algo al cambio de sociedad, su labor debe ser destruir a cada paso, en lo que pueda, la sociedad burguesa, conforme pueda. Cada uno a su manera.

-Pero, ¿una destrucción violenta? Porque una destrucción violenta lleva consigo víctimas.

-Yo, en eso de una destrucción violenta, no tengo ideas muy claras todavía, pero creo que hasta acciones como las del terrorismo son elogiadas porque hacen llegar el miedo a la sociedad burguesa, y por consiguiente, la reflexión. Porque después de todo miedo, hay reflexión. Una pequeña violencia sí es necesaria.

-Pero, yo digo una violencia incluso con víctimas, víctimas inocentes, porque es indiscriminada normalmente; ese tipo de violencia terrorista normalmente suelta el trueno, caiga quien caiga (niños).

-A eso no sé cómo responderte, porque es que en la Historia no hay víctimas inocentes. La Historia es una cosa determinada, o por la Providencia, si es que somos cristianos, o por el destino, o por el concepto, si somos marxistas, o por lo que sea. Entonces, la víctima inocente de la violencia es como la víctima inocente del cáncer o de cualquier otra enfermedad. La violencia mata un niño, pero también mata la septicemia a un niño.

-Sí, pero hay una diferencia. En esos casos actúa la fatalidad, por llamarlo de alguna manera, mientras que en el otro es una acción voluntaria del hombre contra el hombre.

-Pero es que hay que ayudar a destruir esta sociedad de alguna manera.

-¿*Testimonialmente no se puede hacer nada? ¿No sirve para nada?*

-Testimonialmente, ¿qué quiere decir?

-Es decir, un tío que en lugar de adoptar una postura de inhibición, pues si está convencido de eso, dé testimonio con sus actos.

-Sí, sí, sí. Yo te he dicho: cada uno conforme pueda. O para decírtelo en frase mandarinesca: desportillando una puerta, si puede. El otro, rayando una silla; el otro, escribiendo un artículo; el otro, haciendo una caricatura; el otro, escribiendo un libro; este otro, manifestándose. O sea, cada uno, según su modo y en su medio, debe colaborar en la destrucción, ayudar, porque la sociedad ésta se destruye. Pero, claro, una decadencia a veces dura más que la situación en forma. La decadencia del Imperio Romano duró casi más que el Imperio Romano. Empezó con el cuarto emperador o así. Y una decadencia puede durar siglos.

-*Vamos a los libros y a tu trabajo como escritor. ¿Qué tienes publicado?*

-Pues tengo publicado un libro sobre los Estados Unidos de América, en el año 57. Yo creo que es un libro clásico, porque lo hice con mucha ponderación y medida, y no lo hice tipo profesoral, sino para que fuera un libro que se pudiera leer siempre. Me puse como modelo de él un libro que hay por ahí, precioso; ha sido superado, pero siempre es leído, que se llama *Grandeza y decadencia de los romanos*, de Montesquieu; a pesar de que después han venido Mommsen, los grandes estudiosos de Roma... Quise hacer un librito así, sobre Norteamérica, que no fuera un libro profesoral, y se llamaba *Reflexiones sobre Norteamérica*. Pero el editor, que fue la Revista de Occidente, consideró que ese título no era bueno para venderlo y le puso *Las grandes etapas de la Historia Americana*, con lo cual me estropeó el libro, porque me lo convirtió en un libro profesoral, que se lee y a los tres años se olvida, que ya no interesa, de estos que escribe Fraga sobre el Congreso Americano, o que se han podido escribir sobre las Cortes españolas. El libro, si yo lo pudiera volver a editar con su título, *Reflexiones sobre Norteamérica*, estudia el nacimiento de la sociedad norteamericana, de la democracia americana. Es un libro que no pasa.

-¿*Tú has estado en América?*

-No

-¿*Cuál es la conclusión del libro?*

-La conclusión del libro es que los Estados Unidos nacieron primero como una sociedad natural, imitando las ideas de la Ilustración francesa. Luego se convirtieron en una sociedad democrática. Después, con Franklin Delano Roosevelt, en un estado demócrata y que al final del siglo se convertirían en un imperio. Entonces quiero hacer el estudio de un ideal (...). [Se interrumpe la cinta]

Tiene también pequeños estudios sobre la poesía y sobre el sentido estético, algún cuento y su libro más conocido: Escuela de mandarines. Está preparando otro, titulado La fea burguesía.

-Mi forma de vida es, por necesidad, antiburguesa. Está exenta de actualidad, y defino actualidad como el conjunto de valores y bienes que ofrece la sociedad en un determinado momento. Como yo no aspiro a esos valores (tener muchos aparatos, llevar a los hijos a un buen colegio, un coche, una casa en la playa y que te digan don Fulano), mi vida es absolutamente antiburguesa. El prestigio que da la sociedad en que vivo, a mí no me interesa. Pues... me levanto siempre tarde, a las diez o las once. Resuelvo las pequeñas cosas de mi trabajo, si es que lo tengo. Y ya me dedico por completo a la vida contemplativa, a leer o a observar a los burgueses para asombrarme de su mundo, y me someto a ellos sin protestar. No, yo no voy al cine. No me interesan las películas, ni los actos que se celebran en mi pequeña comunidad. Incluso a veces me da rubor si me saluda algún amigo mío, porque es presidente de la Diputación. Me da vergüenza hablarle en público, porque parece que su abrazo me mete dentro de esta actualidad. Es un pudor que no puedo remediar, porque mi felicidad consiste en estar marginado. Yo me margino porque obtengo felicidad. No, de verdad, no es por afán de significarme, es que siento como un pudor. Yo soy como un espía. Como muy poco. Hago una sola comida al día, a las cinco de la tarde: una carne asada con unos huevos, y después me tomo un vaso de leche. No me atraen los espectáculos. Jamás he ido al teatro, ni a un concierto... Al cine, dos veces al año, y nunca solo. El teatro me gusta más leerlo, porque es palabra; el montaje no me interesa. Las conferencias tampoco, pues en Murcia son espectáculos sociales. Van el notario y su esposa, que ya tienen reglamentada así su vida. Los burgueses tienen la semana distribuida: el lunes, una conferencia; el martes, un concierto; el miércoles, cenamos con los menganitos; el jueves, vamos a la presentación de este libro... Café, sí, bebo en grandes cantidades. Y fumo mucho. Me acuesto tarde, porque mis horas altas son por la noche. Como tengo la tensión baja... Yo empiezo a vivir a las ocho de la tarde y me suelo dormir a las tres o las cuatro de la madrugada. Tengo dos o tres amigos íntimos. Y creo que no debo de tener enemigos, pues como no he tenido nunca ninguna actuación, ni he hecho nada... No he competido nunca... Tengo dos hijos, una chica de 23 años y un chico de 25. Ella está casada. ¡Ah, ellos están muy contentos con mi manera de ser! Y practican de algún modo esta forma de vida, pues ya de pequeños les hablaba con sorna del mundo burgués. Claro, es una educación muy lenta, muy íntima, que se va fraguando a través de los años. En mi casa nunca se habla de que Fulano tiene dinero y yo tengo menos. Aquí jamás ha venido nadie a cenar. No, nunca veo la televisión. Bueno, miento, he visto en televisión la muerte de los Papas, la muerte de Kennedy, la muerte de Franco, la clausura del Concilio... vamos, actos universales. Y cuando llegó el

hombre a la Luna. No es que no la vea por prejuicios éticos, sino porque me causa un malestar inmenso, igual que el cine. ¿La gente con la que yo trato? Sólo tengo trato con gente de 35 a 45 años. No, no he bailado jamás. ¿Mi noviazgo? Pues nos entreteníamos charlando en el bar *Santos*, que era el único bar al que iban entonces las mujeres.

-¿Y cantar? ¿Cantas alguna vez?

-Sí, cuando me afeito. Canto generalmente himnos, la Marsellesa, el nacional, el Cara al Sol, indiscriminadamente. O recito a San Juan de la Cruz o a Jorge Manrique. Otros cantos no sé. Estoy triste, generalmente. Tengo depresiones. Debe de ser por la edad. Yo antes tenía un concepto muy vivo y muy pagano de la vida. La alegría de vivir, las mujeres. Soy mujeriego, pero, bueno, eso habría que matizarlo mucho. Soy monógamo. No puedo vivir sin tener relaciones con una mujer, pero tienen que ser unas relaciones muy constantes, muy largas y muy lentas. O sea, que la mujer es el otro que me oye y al que yo voy analizando, investigando. Para mí, la conquista de una mujer es un proceso de conocimiento. Necesito a lo mejor tres meses y ya entonces quiero tener con ella relaciones eternas. Por eso busco siempre una mujer única, para poder hablar con ella y marginarla también.

En *La fea burguesía* intento hacer un análisis fenomenológico (y perdona la pedantería). Entiendo por fenomenológico cuando tú contemplas un objeto sin tener una teoría previa sobre el mismo. Si yo te enseño un botijo y tú ya tienes una teoría sobre los botijos, me dirás que es feo o bonito, ancho o delgado, y lo que tendrás, será una visión (teórica) del botijo; pero, si tú haces un esfuerzo y pones entre paréntesis las teorías sobre el botijo, tendrás una visión fenomenológica del botijo. En mis análisis de la burguesía, hago la trampa fenomenológica de no opinar sobre ella, sino de describirla simplemente, mostrarla al lector, y que el lector deduzca. Por ejemplo, cuando describo una cena de dos matrimonios burgueses, me limito a enumerar los temas de los que hablan: lubinas, cuartos de baño, toallas, alfombras, cafeteras, accidentes de tráfico, coches, ruedas de coche, paradores en la carretera... A mí me cuesta mucho trabajo escribir. Lo hago directamente a máquina, pero, después, para corregir, vuelvo al original cinco o seis veces, porque no quiero escribir con frases hechas. Y entonces hay una labor de destrucción de lo escrito y de nueva construcción. No va a ser un libro gordo.

-¿Podrías decirme tres o cuatro cosas que reflejen la manera de ser de la burguesía?

-Mira: tienden a convertir el espíritu en naturaleza, no aceptan la resignación, entendiendo por resignación la presencia de un elemento ante el cual hemos de resignarnos, como tener un hijo tonto. Creen que, si tienen un hijo tonto, cambiándolo de colegio será listo. Piensan que, mediante el pago de un precio, lo pueden obtener todo. Creen que un siquiatra puede cambiar a los hombres, es decir, creen en la ciencia y en la técnica como posibilidades

de transformación de todas las cosas. Y, además, han interiorizado el dinero, hasta hacerlo formar parte de su conciencia. Están convencidos, aunque no lo confiesan, de que el dinero es la última forma de todo.

-Pero, a pesar de eso, ¿te sientes capaz de amar o de comprender a los burgueses?

-Yo, yo... me siento ante ellos muy incómodo y además los odio profundamente.

-¿Y no has llegado a pensar que esta actitud tuya ante la vida puede entenderse como pose?

-Creo que es muy trivial que me digan eso. Soy un hombre que vive en una pequeña ciudad de provincia, un hombre pobre y de vida oscura y gris. Decir que ese hombre tiene pose, me parece un juicio completamente absurdo, porque la pose sería para proyectarla al exterior y tal. Volviendo al Evangelio, la pasión de Cristo comienza el domingo de Ramos precisamente, que es cuando debió de sufrir más, al ver que lo aclamaban [Ver Tríbada, IV, 24]. Yo no deseo destacar. No resistiría ser aclamado. Por eso me parece demoníaco querer ser aclamado constantemente. Por eso veo a los políticos como tipos extrañísimos y malvados... y me parecen paranoicos. No sé qué satisfacción puede sentir un tipo, asomándose al balcón para ser aclamado.